

Este documento está publicado en:

Moreiro González, J. A. (1993). Desde una isla a dos continentes: El compromiso intelectual de Agustín Millares Carlo. Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, 18, pp. 67-82

Desde una isla a dos continentes: El compromiso intelectual de Agustín Millares Carlo

José A. Moreiro González

1. La familia, enlace con la Europa liberal

SI de casta le viene al galgo, nuestro polígrafo presentaba los mejores antecedentes familiares para inclinarse hacia el mundo intelectual, y para hacerlo en un sentido activo y progresista. Su abuelo paterno, Agustín Millares Torres, fue ya uno de los máximos exponentes del desarrollo cultural de Canarias en el siglo XIX. Su oficio de notario le permitió incardinarse en el núcleo de la burguesía profesional motivadora de la identificación política y cultural canaria, y grancanaria. Gestor de la división provincial del archipiélago, cronista político, e historiador, su figura se destaca, por lo que afecta a nuestro objeto, en cuanto liberal heterodoxo¹. El puerto de Las Palmas era entonces la vía de acceso para las corrientes culturales que cruzaban Europa. El mar, que separa las tierras, unió en este caso más que la yuxtaposición geográfica peninsular. El tráfico comercial, durante el auge del cultivo de la cochinilla y desde la regulación de los Puertos Francos en 1852, importaba para las islas mercancías, pero también impresos. Libros, sobre todo de autores franceses, que rompieron el aislamiento ideológico y que causaron una agudizada sensibilidad liberal entre los universitarios canarios. El dominio necesario del idioma francés fue la señal de identidad de quienes acudían a las fuentes comunes movidos por una clara sensibilidad naturalista y romántica. Millares Torres participó de manera destacada en el fervor krausista y evolucionista de su generación. His-

¹ Denominación tomada de MILLARES CANTERO, A. y SANTANA GODOY, J. R. — "Agustín Millares Torres y su obra. Una generación de liberales heterodoxos". Prólogo a MILLARES TORRES, A. — Historia General de las Islas Canarias. Las Palmas: Edireca, 1977, p. IX.

toriador de Canarias, y por tanto observador de la evolución económica y social del Archipiélago, criticó desde el pensamiento liberal y positivista a la Inquisición² y a los terratenientes como causantes del atraso socio-cultural de las Islas. Sus enfrentamientos públicos con el obispo Urquinaona, su activismo en los periódicos *El Porvenir de Canarias*, *El Omnibus* y *El Canario*, y su participación en todos los centros activos y modernos de Las Palmas le definen como puntal destacado en la modernización de la sociedad isleña del siglo XIX.

El Museo Canario actuó de puente por el que las ideas de esta generación pasaron a la siguiente. Pero, en el caso de los hermanos Millares, esta vía no fue sino un refuerzo en el tránsito de las generaciones. El ambiente familiar con que Millares Torres quiso rodear a sus hijos les facilitó la asimilación ideológica y cultural, y les situó en una postura vanguardista. El selecto medio queda corroborado por la amistad de Millares Torres con Berthelot, con Saint-Saëns y con Pérez Galdós. Este le presentó a Menéndez y Pelayo, cuya intermediación resultaría fundamental en la orientación de la carrera universitaria tanto de Agustín Millares Cubas, como de su hijo Agustín Millares Carlo. Parece como si la homonimia Agustín Millares actuase de vínculo generacional, y cada nuevo miembro de la familia aventajase al precedente en obra intelectual y compromiso político.

Agustín y Luis Millares Cubas reforzaron las tendencias ideológicas paternas durante su formación en el Colegio San Agustín. Allí conocieron la docencia de Anselmo Arenas, Saturnino Milego y Salvador Calderón, cuyas directrices krausistas marcaron a sus discípulos. El medio familiar, de estímulo por la creatividad artística y literaria, puso el resto. El influjo paterno les convirtió en fervientes enamorados de la Francia revolucionaria y laica³. Agustín Millares Cubas nos ha dejado un *Diario*, inédito, en donde manifiesta reiterativamente sus profundas creencias éticas y su oposición frontal a la religión y a la monarquía. Desde que acudió a Barcelona para cursar los estudios universitarios se inscribió como miembro de logias masónicas⁴. Un testimonio más de su espíritu descontento y crítico con los sectores más representativos de la sociedad española de la Restauración.

La generación de 1898 en Las Palmas, donde se integran los hermanos Millares, se nutrió de profesionales liberales, defensores de la ideología política liberal, que se habían formado en universidades peninsulares. Contrapuestos, más de postura que en la práctica, al sistema de la Restauración, tendían a la defensa de una educación laica y apoyaban a los profesores krausistas del Colegio de San Agustín, en cuya nómina docente se integraron casi todos ellos durante algún tiempo. Uno de sus caballos de batalla fue el

² Véase su *Historia de la Inquisición en Canarias*, 1874, 4 v. (2ª ed. en 1981).

³ En la *Introducción* a su *Diario*, A. Millares Cubas afirma: "Mi padre fue librepensador y anti clerical, si hubiera sido católico y conservador no le faltaría hoy una estatua en la ciudad". Unas páginas después: "Ellos (los eclesiásticos) son los más acérrimos defensores del capitalismo y mantenedores de la injusticia social".

⁴ Con el nombre de Laurent ingresó en la logia Constancia. A su regreso a Las Palmas mantuvo la relación con la logia local, donde su tío Rafael Millares era primer vigilante.

periodismo gráfico de fin de siglo, aceptado neciamente por la mayoría de la sociedad, y en el que consideraban se adulaba constantemente a los valores más característicos de la España de la Restauración.

Sobre este ambiente que iba a influir sobre Millares Carlo deben plantearse dos consideraciones más: la primera, la obra creativa de los hermanos Millares, en cuya abundancia y calidad encontramos la raíz de la dedicación poligráfica de su respectivamente hijo y sobrino. Y en segundo lugar, el parentesco con Franchy y Roca, casado con Rosa Millares Cubas, y que generó desde el Partido Republicano Federal la oposición más fuerte al leonismo. Franchy tuteló en colaboración con el Partido Socialista el movimiento proletario grancañario actuando como asesor laboral de los portuarios⁵. La proximidad familiar con Franchy causaría en Millares Carlo la adscripción al Partido Republicano Federal que aquel defendía, y en la que nuestro polígrafo se mantuvo hasta la muerte.

Estos antecedentes nos llevan a considerar dos situaciones en la infancia de Agustín Millares Carlo: la familiar y la escolar. Resulta curioso que una familia tan librepensadora enviara a su hijo al Colegio de la Sagrada Familia, y luego al de las Hermanas de la Caridad en el Hospital de San Martín, por más que la oferta en Las Palmas fuese realmente muy escasa. Esta situación, un tanto contradictoria, se repetiría a lo largo de la vida del casi agnóstico Millares. Juan Rodríguez Doreste recordaba jocosamente cómo eran clérigos muchos de sus mayores amigos. El bachillerato lo cursó, como su padre, en el Colegio de San Agustín. La capacidad intelectual y la densidad de sus conocimientos se hacía por entonces ya evidente, al destacarse de forma notable entre sus colegas Juan Bosch, Felipe Martel, Juan Gómez, Andrés Roca, Víctor Pino, Luis Torrent y José Perdomo.

El medio familiar fomentaba la creatividad participativa de los niños mediante celebraciones teatrales y musicales. Las veladas literarias reunían periódicamente a los escritores locales, con presencia frecuente de Rafael Romero, Tomás Morales y Federico de la Torre. En casa también de los Millares encontraron acomodo Salvador Rueda y Miguel de Unamuno cuando visitaron la ciudad de Las Palmas.

De esta manera, las cualidades naturales del joven Millares Carlo y el cuidado ambiente familiar se conjuntaban para alcanzar un enorme potencial. Era llegada la hora de empezar los estudios universitarios, y todo coincidía para pronosticar un futuro promisorio.

2. Madrid: la llamada universitaria

La mochila del joven Agustín iba, pues, bien repleta de principios académicos e ideológicos cuando se fue a Madrid en 1909 para comenzar su carrera universitaria. La Universidad consolidaría su carácter curioso y estudioso, y tendría como agradecida respues-

⁵ MILLARES CANTERO, A. Aproximación a una fenomenología de la Restauración en la Isla de Gran Canaria. Las Palmas: CIES, 1975, p. 91-93.

ta sesenta y cinco años de extraordinaria dedicación docente e investigadora. El estudiantón que contaba sus proyectos y sensaciones en un breve Diario de los días a bordo, escrito en la travesía hasta Cádiz, se convertiría, al pasar los años, en uno de los principales ejemplos de profesor competente y de humanista poligráfico que honraron la Universidad española hasta los trágicos días de la Guerra Civil. Ya en la Universidad Central, le recibieron los consejos y el apoyo amistoso de Menéndez y Pelayo. Siguiendo sus indicaciones atendió en paralelo los estudios de Filosofía y Letras y Derecho, y en su deseo de formación global continuó desarrollando sus arraigadas aficiones a la ópera y a la gimnasia.

Millares conoció en la Universidad madrileña el plantel de profesores que veinte años después, con él mismo como miembro del Claustro, iba a escribir una de las mejores páginas de la vida académica española. La Universidad empezaba por entonces a fraguar la densa calidad científica que treinta años más tarde, ya plenamente consolidada, se rompería con brusquedad al rasgarse la historia en la cuarta década del siglo. Andando el tiempo, nuestro mentor reconocería públicamente la huella que dejaron en su formación "don Cayo Ortega, profesor de Bibliografía; don Enrique Sons y Castellví; don Ramón Menéndez Pidal, a cuyo lado trabajé algunos años en el Centro de Estudios Históricos; y don Américo Castro, mi maestro en los estudios de Gramática Histórica española". No mencionó a Asín, de árabe; a García Moreno, de Latín vulgar y Griego; a López Valdemoro, de Paleografía; a Morayta, de Historia; y a Sánchez Miguel, de Literatura.

Desde que llegó a Madrid, el Ateneo se convirtió en su lugar de estudio más frecuentado. Tomás Morales y Enrique Díez Cañedo le introdujeron en esta institución, a la vez que a su íntimo Claudio de la Torre. El Ateneo no sólo le ofrecía la posibilidad de consultar la bibliografía última, sino que era un lugar privilegiado para palpar el latido intelectual de Madrid. Pudo escuchar en conferencias, y dialogar frecuentemente con Jacinto Benavente, Unamuno, Azaña, Valle-Inclán...

La carrera se desarrolló como cabía prever. Todas las asignaturas que cursó, tanto en los inconclusos estudios de Derecho, como en los de Filosofía y Letras alcanzaron la calificación de sobresaliente, de los cuales, catorce al menos, se transformaron en matrículas de honor. Fue Premio extraordinario de Licenciatura, y premio Rivadeneyra al fin de la carrera. Sus compañeros coincidían en verle como el más destacado entre ellos. Muchos años después, cuando regresó Millares a su casa isleña desde sus casas americanas, Jorge Guillén⁷ le escribiría diciéndole: "Reaparecen las imágenes de aquellos años, sí señor, felices, y te veo como eras entonces, el primer estudiante en aquella Facultad de

⁶ Lo declaraba en una entrevista hecha por HELIODORO VALLE, R.- "Diálogo con Agustín Millares Carlo", en Universidad de México (1947), 1. n.º 7, p. 9.

⁷ En carta dirigida a Millares Carlo el día de Navidad de 1974. Reiteraba la opinión que como alumno destacado había publicado el periódico ABC el 12 de marzo de 1913 en el artículo "Resplandor de luminarias".

Letras...". La brillantez en los estudios corrió a la par que las primeras investigaciones, tanto de transcripción paleográfica, como de elaboración histórica bajo la dirección de Menéndez Pelayo y de Rodríguez Marín. Dirigido por ambos completó una abundantísima información acerca de Gonzalo Argote de Molina que, aunque inédita, ha llegado en original hasta nosotros conservada en la Biblioteca General del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Siendo estudiante, cada verano regresaba a Las Palmas. La lejanía madrileña no le desvinculó nunca ni de la familia, ni de las islas. Todos los correos que zarpaban de Cádiz llevaban cartas que tejían con el hilo de las palabras una tela de recuerdos y sentimientos sobre el Atlántico. Las palabras expresaban lo que estaba profundamente arraigado en su vida, y que profeso en Madrid con los hechos: desde el primer año en la Universidad frecuentó junto con Claudio de la Torre a don Benito Pérez Galdós en su casa de la calle Hilarión Eslava. Les había presentado el sobrino de éste, Ignacio. La conversación solía girar en torno a imágenes de la tierra común. Años después⁸, Millares evocaría la figura de Galdós, ya ciego, hundido en su sillón o tendido en su lecho, acordándose de sus juegos infantiles y manteniendo vivo en su corazón el recuerdo de la tierra que le vio nacer.

Estos contactos con Pérez Galdós simbolizan la relación estrecha que, siendo aún estudiante, Millares mantuvo con los demás canarios que residían en Madrid, e incluso con los que por allí circunstancialmente pasaban. Es de resaltar la amistad con Tomás Morales, a quien veía a diario en el Ateneo. Cuando el poeta, residiendo de nuevo en la isla, acudió a Madrid para publicar *Las rosas de Hércules* y cayó enfermo, don Agustín le visitaba cada día. Fue también la primera persona en anunciar, dichoso, a Las Palmas la presentación del libro en el Ateneo⁹. Las visitas se rendían a toda persona enlazada con su familia o con su tierra. De manera repetitiva a Claudio y Néstor de la Torre, y sobre todo a Franchy y Roca. Las alegrías y penas de la vida, los éxitos profesionales, los sucesos familiares eran compartidos con ellos. De forma muy especial con Claudio de la Torre, amigo del alma, predilecto de toda intimidad e inseparable contertulio en el Ateneo. Por lo que respecta a los canarios forasteros en Madrid, Juan Rodríguez Doreste y Alonso Quesada fueron testigos directos del recibimiento que les dispensaba Millares. El recordado alcaide irabó con él desde entonces amistad perpetua, que ni siquiera mermaron los largos años de ausencia que la vida exigiría a don Agustín. Este presentó también en el Ateneo, cómo no, *El lino de los sueños* de Alonso Quesada y *Las moradas de amor* de Luis Doreste Silva¹⁰, recitando con aire varias de sus poesías.

Mientras la carrera avanzaba, el Ateneo científico y literario se iba convirtiendo en un

⁸ En una conferencia pronunciada durante la Semana Galdosiana que se celebró en Las Palmas en enero de 1931.

⁹ El telegrama con el que anunció el acto se publicó en el *Diario de Las Palmas*, el 2 de febrero de 1920.

¹⁰ Véase QUINTANA, J.- 96 poetas de las Islas Canarias. Bilbao: Comunicación literaria, 1970, p. 90.

segundo hogar. Allí pasaba más horas que en el viejo caserón de la Universidad en la calle de San Bernardo. La facilidad de acceso a los abundantes fondos bibliográficos y el eco vital de la cultura y el pensamiento le atraían hacia aquella casa tan vigorosamente que sólo el exilio fue capaz de interrumpirlo. Conforme nuevas hornadas de estudiantes canarios llegaban a Madrid, Millares se encargaba de ambientarles en esta institución y de aconsejarles cómo aprovechar mejor las horas.

3. El compromiso ideológico-profesional

Acabados los estudios, Millares devolvió de manera pronta y grata las atenciones que se le habían dedicado. Primero al Ateneo, donde en 1915 ganó por oposición la recién creada Cátedra de Latín. Luego, a la Universidad, al ser nombrado ese mismo año Auxiliar de Letras y comenzar así una profesión que sólo terminó con la muerte. No hubo plazos entre el fin de la carrera y el comienzo de la docencia. Llegados a este punto, es curioso comprobar cómo la dedicación de Millares a la disciplina más clásica, el Latín, va unida en su vida a las manifestaciones ideológicas más evidentes, tanto docentes como políticas. Latín explicaba en el Ateneo, y en el Instituto Escuela, dependiente de la Junta para la Ampliación de Estudios, centros éstos que irradiaron a la sociedad su convenio republicano, y defendieron la transformación del sistema educativo español. Sin duda en ellos vivió Millares su mayor protagonismo de oposición al sistema de la Restauración, realizando incluso allí las escasas participaciones políticas activas.

Desde sus años de estudiante podemos incluir a Millares en una generación disconforme y antimonárquica. Su adscripción ideológica al librepensamiento de la izquierda liberal estaba enraizada en la familia, y se alentó con los hechos que demostraban que el sistema monárquico era inoperante. Si su actividad política se encauzó hacia la militancia en el republicanismo se debió al influjo de Franchy y Roca, junto al contacto largamente mantenido con Azaña en el Ateneo, si bien nunca suscribió la opción política de éste.

La época más intensa en la participación política de Millares transcurrió, pues, entre la terminación de su carrera y el final de la Guerra Civil, en especial los años posteriores a la obtención de la cátedra madrileña. Su militancia política corrió directamente entroncada a su actitud profesional. Si no podemos hablar de él como un miembro de la dirección política, sí incluirlo en una clase política convencida de su misión y enlazada a una ideología a la vez docente y pública, sin posibilidad de separar una faceta de la otra.

La aspiración familiar por alcanzar una "formación total", en adecuación a las necesidades cambiantes de la vida marcó definitivamente su vocación docente, comprometida en la persecución de una personalidad equilibrada y completa para los estudiantes.

Millares Carlo compartía sin reservas las ideas renovadoras de los profesores universitarios más progresistas. Su docencia se enlazaba estrechamente con la investigación. Lo demuestra su pertenencia al Centro de Estudios Históricos y al Archivo Municipal. En

estos centros y en su cátedra preparó monografías y compendios de preparación rigurosa. Las propias clases perseguían una enseñanza participativa y práctica, tanto si se trataba de la Paleografía y Diplomática, como del Latín.

Se destaca así su coincidencia con las ideas y maneras defendidas por Morente para lograr en las aulas una formación científica¹¹. La universidad nunca sería moderna si no se la dotaba de tradición científica y de seria competencia. Postura ésta en la que se evidencia el influjo de la Institución Libre de Enseñanza¹². No debe extrañarnos, pues de estudiante se relacionaba frecuentemente con miembros de la Junta para la Ampliación de Estudios. Originándose en ellos su decisión de abandonar los estudios de Derecho, pese a las preferencias paternas, y dedicarse de lleno a los de Filosofía, convencido de la creciente valoración social que protagonizan.

La Junta para la Ampliación de Estudios vinculó después la docencia de Millares tanto con la Residencia de Estudiantes, como con el Instituto-Escuela. Menéndez Pidal le acercó a ambas instituciones. En ellas se pretendía alcanzar una educación global, mediante actividades prácticas y una mayor proximidad entre alumnos y profesores. El Instituto Escuela fue una experiencia piloto en la reforma general de la segunda enseñanza. A través de la integración en estas instituciones vemos cómo Millares compartió totalmente las ideas renovadoras del profesorado más progresista. Optó por una actividad docente desarrollada en paralelo a la investigación. Lo cual nos explica su pertenencia al Centro de Estudios Históricos, y su entrega a la elaboración de asequibles manuales y monografías en cada una de las disciplinas que impartió. La Residencia de Estudiantes supuso también el contacto con la Generación del 27, en especial a través de las tertulias a las que siempre acudía en compañía de Salinas.

La Junta para la Ampliación de Estudios fue uno de los centros intelectuales desde donde se fomentaron los cambios políticos que finalizaron con la Restauración. A su lado, se situaron la Universidad y el Ateneo madrileños. En ellos se originó la creencia en la implantación de la República como única salida eficaz y razonable. Don Agustín fue un convencido colaborador en todos ellos.

Pero si hubo un centro que describiese con claridad la vinculación entre la profesión, la ideología y el compromiso político en la vida de Millares, éste fue el Ateneo. Una vez obtenida la Cátedra en Madrid, Millares perteneció a su Junta Directiva en calidad de Bibliotecario bajo la presidencia del Dr. Marañón. Como miembro de la Junta vivió las trascendentales jornadas políticas en que el Ateneo se enfrentó abiertamente a la monarquía, erigiéndose en uno de los centros intelectuales más comprometidos con el advenimiento de la República. Los socios del centro se habían acostumbrado a la discusión

¹¹ Véase, GARCÍA MORENTE, M.- Escritos pedagógicos. Madrid: Austral, 1975 y JIMÉNEZ FRAUD, A.- Historia de la Universidad española. Madrid: Alianza Editorial, 1971.

¹² Los puntos de partida habría que tomarlos en la ideología de Giner de los Ríos, Bartolomé Cossío y Ramón y Cajal. Véase EN EL CENTENARIO de la Institución Libre de Enseñanza. Madrid: Tecnos, 1977.

metódica de las cuestiones relacionadas con la campaña marroquí, coincidiendo precisamente con el regreso de don Agustín a Madrid desde Granada. El influjo de este ambiente en su vida se manifestó a través de los abundantes comentarios epistolares a la situación política del momento, siempre antagónicos a un conflicto bélico y colonial sin sentido.

El Ateneo apostó muy fuerte contra la campaña marroquí. Se pidieron cuentas públicamente, en especial tras el desastre de Annual. En su postura latía la defensa del poder civil frente al militar⁴³. Los políticos monárquicos de la Restauración y, en especial, quienes colaboraron con las dictaduras aparecían totalmente desprestigiados ante los intelectuales progresistas⁴⁴. Millares, a través de sus cartas y conversaciones, mostró una postura intransigente y dura en extremo frente a lo equilibrado de su hacer científico y lo comedido de su carácter. Le exasperaba especialmente cualquier referencia a la incompetencia de la clase política de la Restauración⁴⁵. La tradición familiar pesaba mucho a la hora de juzgar con gran dureza al rey y al ejército como los mayores responsables del estado en que se encontraba España⁴⁶.

Como decíamos antes, las diferencias aumentaron a raíz de la amnistía decretada por Primo de Rivera para zanjar el asunto de las responsabilidades en la guerra marroquí. La desconfianza hacia el sistema monárquico era total⁴⁷. Con la dictadura se había reinicia-

⁴³ Carta a sus padres. Madrid, 2, sin mes, (1921): "¿Qué le parece lo de Melilla? Ya estamos otra vez lo mismo. Aquí los periódicos —con excepción del Socialista— sacan a relucir el honor patrio, la bandera... ¡Hay una de héroes que asusta!".

⁴⁴ Carta de AMC a sus padres. Madrid, 3, (diciembre de 1922): "Los ámbitos aquí andan muy revueltos con el asunto de las responsabilidades. El Ateneo organiza para el próximo día 10 una manifestación para pedir al gobierno que se exijan... Aquí en el Ateneo se celebran juntas y más juntas verdaderos torneos oratorios, y ayer se llegó a pedir la expulsión del socio 7777 (Alfonso de Borbón)... Estoy viendo que el día menos pensado nos cierran la biblioteca". Sobre estas cuestiones vividas en el Ateneo, véase AZANA, M.: *Tres generaciones del Ateneo*. Madrid, 1930; y GARCÍA MARTÍ, V.: *El Ateneo de Madrid, 1835-1935*. Madrid, 1948. Este último no profundiza en los temas, pero describe a las personas que frecuentaban este centro.

⁴⁵ Carta a sus padres. Madrid, 19 de marzo de 1922: "¿Y el nuevo gobierno? ¡Desdichado país que no tiene ni siquiera un hombre!". Id. 11 de diciembre de 1922: "Parece mentira que aún haya quien tie en Alba, o Melquiades, o en el infabulable, huero y necio de García Prieto".

⁴⁶ En su Diario, Millares Cubas culpó repetidas veces, tanto a Austrias como a Borbones, de cuantos males acontecieron siempre a España.

⁴⁷ Carta de AMC a sus padres. Madrid, 19 de septiembre de 1923: "Me imagino el efecto que les habrá causado el aquí llamado golpe de estado. Digan lo que digan ahí los periódicos, puedo asegurarles que el pueblo —el elemento obrero— ha atorado el suceso con una absoluta indiferencia. Sólo ha habido regocijo en esta miserable y encanallada clase media que no tiene más dioses que el sable y el palo... Se exige el libramiento de 44 millones para Marruecos y se echa tierra al asunto de las responsabilidades. Con censura previa, disolución de Cortes, suspensión de garantías y supresión de ministerios, el podrido Borbón realiza sus ideales de absolutismo. D. Miguel Primo de Rivera (más conocido por Miguel Paleólogo) saca quizás con ceñirse la corona de Fernando, Isabel y Felipe. No se puede prever lo que ocurrirá. Se habla de operaciones con Marruecos, pasando por Annual para vengar el honor nacional. (Por lo visto el honor nacional estaba concentrado en las estrellas que los oficiales se arrancaron para huir más cómodamente) ¿Qué hará el soldado? Esto se preguntan algunos. Yo creo que nada, pues el español en cuanto se ve uniformado pierde el seso".



do otra fase de represión de los intelectuales: Unamuno fue enviado a reflexionar en las soledades majoreras, y el Ateneo de Madrid se cerró por su defensa fehaciente de la causa republicana. La Dictadura se enfrentó de plano con los intelectuales más progresistas que encontraban cobijo en el Ateneo. Millares alzó su voz reclamando públicamente la reapertura del centro¹⁸. Participó en las reivindicaciones subsiguientes al encarcelamiento de parte de la Junta Directiva, por lo que fue detenido con el resto de los miembros de la Junta¹⁹. Inútil esfuerzo que se vio contrarrestado por un masivo apoyo del mundo intelectual, que reflejó la inminente proximidad de la República. Llegada ésta, don Agustín se mantuvo bastante alejado de las actividades políticas, en dedicación completa a su profesión²⁰.

Contrasta el radicalismo ideológico que Millares manifestó durante los años finales de la monarquía, con la escasa participación política una vez instalada la República. Nos habla esta postura de un intenso convencionamiento personal, que le comprometió con un programa político reformista, pero que nunca ocupó el primer plano de su vida, indudablemente marcado por su vocación intelectual.

4. Millares y la modernización científica de España

No cabe duda que el período vivido desde la obtención de la cátedra madrileña en 1926 hasta la llegada del exilio fue el más intenso en la vida de Millares. Su agitada biografía encuentra aquí un paréntesis de quietud, perfilado por un estado de cosas satisfactorio tanto en casa, como en el trabajo. Es el momento en que se recogen sus primeros grandes frutos científicos, cuya valoración general, de cara a esta charla, se centraría en destacar cómo alguien natural de Canarias, tierra sobre la que se avalanzó la historia para hacerla saltar hasta el Renacimiento sin pasar previamente por la Edad Media, se iba a convertir en uno de los mayores especialistas europeos en documentación medieval. La formación universitaria que Millares recibió fue tan bien aprovechada que, apenas dejadas las aulas, introdujo en ellas como profesor los métodos docentes e investigadores más recientes en todo el continente.

Hemos hablado antes de su convencida ideología docente que en lo investigador se convirtió en una sucesión de labores fecundas, cuya sola enumeración causa asombro. No quiero sacar a colación las magnitudes impresionantes de cuanto publicó. Pretendo

¹⁸ En una conferencia pronunciada durante la Semana Galdosiana, en Las Palmas el 7 de enero de 1931.

¹⁹ 10 de febrero de 1931.

²⁰ Propuesto diputado a Cortes en las elecciones generales de 1931 y 1933 por Acción Republicana, retiró su candidatura por decisión personal. Actitud explicable desde su forma de ser, poco amiga de manifestaciones públicas, y desde la dedicación intensa que exigían las investigaciones científicas que llevaba a cabo. Véase *El Tribuno* (Las Palmas), 21 de junio de 1931, p. 4; y 20 de octubre de 1933, p. 4.

reflexionar un momento sobre la calidad de su entrega, en línea con mi afirmación de haberse convertido en el más caracterizado conocedor de la Edad Media.

Cuando el ciclo republicano se cerró, don Agustín había aportado su apoyo no sólo a unas maneras pedagógicas nuevas, sino a la introducción de métodos revisionistas de la forma de actuar en la investigación archivística, en la filológica, en la histórica y, sobre todo, en la paleográfico-diplomática. Para valorar la profundidad de su contribución permítaseme evocar al menos las obras vértice de los campos citados. En 1927 apareció la *Biblia medieval romanceada*²¹, que Millares editó junto con Américo Castro como fruto de los trabajos realizados en el Seminario de Filología de Buenos Aires durante su estancia en 1924. En el impulso de los estudios filológicos causado por influjo de Menéndez Pidal, se encuadran también las ediciones sobre el *Teatro Crítico Universal*, y las *Cartas eruditas* de Feijoo aparecidas entre 1923 y 1928. También la *Gramática elemental de la Lengua Latina* publicada junto con Agustín Gómez Iglesias en 1935.

De su actividad profesional como archivero municipal surgieron los intentos de hacer accesible la información valiosa que el archivo custodiaba. Completó una serie documental que atendió a la historia de Madrid con varios estudios breves, pero en especial cuando en 1932 aparecieron los *Libros de Acuerdos del Concejo madrileño*, y los *Documentos del Archivo General de la Villa de Madrid*, hecho en colaboración con otro canario, Jenaro Artiles.

Por lo que respecta a Canarias fueron múltiples los trabajos que sobre su historia presentó en la revista *El Museo Canario*, en cuya revitalización tuvo mucho que ver cuando la reeditó como director en 1933. Pero si de alguna manera revirtió a su tierra el agradecimiento por su cuna y crianza fue a través de su ejemplar *Bibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias siglos (XVI-XVIII)*, que obtuvo el premio nacional de Bibliografía en 1929. La obra, de método riguroso, exhaustividad en las fuentes y muy rica en las descripciones, adelantó al archipiélago sobre las demás regiones españolas en el conocimiento de la producción literaria de sus hijos.

Desde luego, si alguna labor quedó adscrita a su nombre para siempre, fue su actuación modernizadora del mundo paleográfico español. Como grandes expositores de la aplicación de los métodos más avanzados para permitir el acceso a las fuentes de información medieval deben contemplarse sus *Tratados de Paleografía* de 1929 y 1932, este último premio Fasthenrat de la Academia de la Lengua, o su *Contribución al Corpus de Códices visigóticos*, catálogo de los manuscritos en letra visigótica, que publicó en 1931 y que luego incluiría aumentado y rectificado en su *Tratado* de 1932. En esta línea contribuyó al perfeccionamiento del método histórico basado en la consulta directa a las fuentes, en especial desde la organización de las colecciones diplomáticas. Buen ejemplo fue "El siglo XVIII español y los intentos de formación de un Corpus Diplomático"²².

²¹ Buenos Aires: Universidad Central, 1927.

²² Publicado en la *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo* (Ayuntamiento de Madrid), (1925), II, n.º 8, p.515-530.

El reconocimiento al valor de estos estudios le llegó con el nombramiento de Académico de la Historia en 1932. Cuando poco después la Guerra Civil dejó en suspenso su carrera, quedaron pendientes su cátedra, la dirección del archivo, sus actividades en la Academia y en el Ateneo. Pero también se perdieron obras a punto de concluirse como su *Catálogo General de manuscritos de la biblioteca catedralicia de Toledo*, el *Epistolario de Feijoo*, la *Colección Diplomática de Alfonso VIII*, la *Historia y Bibliografía de la imprenta en Barcelona*²³, o la *Historia de la Imprenta en Canarias*, más tarde gentilmente cedida a Vizcaya Carpenter para que la aprovechase en su investigación homónima.

5. La segunda oportunidad en América

Las consecuencias de la ruptura que supuso el exilio llegan hasta nuestros días. En el orden académico, no sólo se privó a la sociedad de un cuerpo docente privilegiado, sino que también se vio desprovista de la continuidad de su docencia e investigaciones en sus discípulos directos. Si además consideramos que muchas de las plazas de los catedráticos exiliados fueron ocupadas por arribistas cuyos únicos méritos eran estar cerca en el momento oportuno, comprenderemos con facilidad que desde aquel momento se han sucedido males para la Universidad española, que no se han superado aún en nuestros días.

Cuando la II República desaparecía se creó el Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles (SERE). Millares fue incluido por Negrín en el equipo directivo de este servicio, y se le destinó a México en calidad de vicedónsul.

Del SERE dependía la Junta de Cultura Española que buscaba dar continuidad a las tareas que los intelectuales realizaban en España. Por su pertenencia a ella Millares colaboró en cuantas publicaciones llevaban el sello del exilio. Sus contribuciones en *España Peregrina*, *Cuadernos Americanos*, *Las Españas*, y *Ultramar* deben verse como una manifestación de la tradición investigadora que el pensamiento liberal había introducido en España. Desde América se quería ganar la tierra perdida mediante el reconocimiento internacional a una labor científica más avanzada que la desarrollada dentro de España.

El largo peregrinaje por el mundo latinoamericano supuso que don Agustín tuviese que variar sus líneas de estudio. Sin embargo, llevó a América su forma de hacer las cosas, y la convicción en las ideas científicas, pedagógicas y políticas que había profesado en España. Transmitió sus inquietudes al nuevo continente, incluso acentuando sus tendencias para adecuarse a cuanto exigía una situación vital donde todo volvía a iniciarse. Dedicaciones que antes del exilio eran sólo casuales se volvieron primordiales. Fue el caso de las ediciones de clásicos españoles y de las traducciones de textos latinos. En este

²³ En 1935 recibió el Premio de la Biblioteca Nacional por su *Historia de la imprenta en Barcelona*.

sentido debemos considerar una pequeña ruptura docente y creativa con los estudios paleográficos. En compensación profundizó en lo referente a la bibliografía y tipografía del nuevo continente. Estas investigaciones y las dedicadas a la Historia colonial le llevaron a alcanzar la cumbre de cuantas aportaciones al americanismo hicieron los intelectuales transterrados.

En lo profesional, y dejando de lado su integración en el claustro de la Universidad Nacional Autónoma, perteneció a La Casa de España, luego El Colegio de México. La institución, iniciativa de Alfonso Reyes y de Daniel Cossío, fue un lugar de acogida para los intelectuales exiliados. Millares se integró en ella a la vez que María Zambrano, Pedro Carrasco, León Felipe, Joaquín Xirau, Alvaro de Albornoz, José Carner,... Allí desempeñó sus cátedras y sus investigaciones. Y mediante su editorial, Séneca, colaboró con ediciones en el mantenimiento económico del Colegio, y participó asiduamente en las tertulias semanales donde el recuerdo y la reflexión querían alcanzar a entender lo que no tenía explicación.

También fue docente del Instituto Luis Vives y de la Academia Hispanoamericana, centros de ideología influida por la Institución Libre de Enseñanza. En ellos enseñó a los hijos de los republicanos españoles.

Pero si algún centro conoció de manera más dilatada y profunda su dedicación, estos fueron la U.N.A.M., donde atendió a las Cátedras de Paleografía y Lengua y Literatura Latinas y la Biblioteca Nacional donde investigó como integrante del Instituto Bibliográfico Mexicano.

Desde la capital federal su enseñanza se irradió a muchas otras universidades tanto de México como de otros países de América Central. Impartió cursos en Nuevo León, Monterrey, Querétaro, San Luis Potosí, Puebla y Cuernavaca. Incluso fuera de México, en las universidades de El Salvador y La Habana. Llevó sus clases incluso hasta el Comité Interamericano de Bibliografía en Washington.

De nuevo su capacidad y conocimientos alcanzaron en América sorprendentes niveles de creatividad. Importó para México el método de las transcripciones paleográficas, hizo revivir el estudio de los clásicos latinos y españoles, describió las colecciones de los principales archivos, redescubrió a Sor Juana Inés de la Cruz y a Ruiz de Alarcón, se convirtió en el mejor conocedor de la Historia de la Bibliografía nacional y también de la Bibliografía de la Historia americana.

La nómina se hace interminable, y éso contando con una tajante selección por mi parte. Su siempre profesado humanismo puso a los clásicos cerca de los universitarios Mexicanos: Tito Lucrecio Caro, Cicerón, Salustio, Nepote, Tito Livio, son nombres que siempre permanecerán junto al suyo. Y Eguiara, y León Pinelo, y Beristáin de Souza por lo bibliográfico. Y Bartolomé de las Casas, Motolinía, Pérez Salazar, Anchieta, Cervantes de Salazar, López de Palacios Rubios y Mártir de Anglería en apretado ramillete de evocaciones de una nueva historia de las Indias vista desde la parte reivindicativa, heterodoxa y más humana.

¿Cómo se puede valorar su contribución a la identificación y el análisis de más de 2.500 registros en la sección de "Bibliografía" de la *Revista de Historia de América* en trabajo ininterrumpido durante veintitrés años (1945 a 1973)? ¿Qué obra favorece mejor el acceso a las fuentes históricas que su *Album de Paleografía Hispanoamericana*? ¿No devolvió Millares con creces la hospitalidad recibida al editar las *Obras completas* de Ruíz de Alarcón, o al publicar los *Repertorios bibliográficos de los archivos mexicanos* (1948 y 1959) o el Ensayo de una *Bibliografía de bibliografías mexicanas* (1943)?

Fue generosa su entrega, tanto como dificultades pasaron por su vida. Si América le acogió cuando estaba derrotado, él no lo olvidó nunca. Su agradecimiento duró cuatro décadas. Venezuela era la última oportunidad en busca de una suerte que siempre se le mostró esquiva. Comprometido de nuevo, puso en marcha actividades sin fin que se continúan hasta el presente en la Universidad del Zulia: ordenó la Biblioteca General de la Universidad, fundó los estudios de Bibliotecología, promovió la creación del *Boletín de la Biblioteca General* y de *Recensiones* publicaciones de información bibliográfica venezolana. En Venezuela continuó pues, su apego para consolidar los estudios sobre bibliografía nacional. Lo alcanzó de tal manera que el actual Premio nacional de Bibliografía lleva desde hace doce años el nombre del insigne grancañario. No podía ser menos: de su mano empezaron a caminar las investigaciones tipobibliográficas, la Historia y la Bibliografía del periodismo y de la imprenta referidas tanto a los Estados Unidos de Venezuela, como las regionales del Zulia²⁴. La bibliografía venezolana fue atendida a través del *Catálogo razonado de los libros de los siglos XV, XVI y XVII de la Academia Nacional de la Historia* (1969), también los *Libros de los siglos XV-XVII* que poseía la biblioteca del médico Rafael Fortique (1974), y del título *Libros del siglo XVI* (1978). Pero es que además contribuyó al conocimiento de la vida, obra y referencias hechas a dos de sus hijos más preclaros: Andrés Bello y Rafael María Baralt²⁵. Pero sobre todo el reconocimiento se debió a la elaboración de doctrina bibliográfica, por la cual se convirtió Millares en uno de los máximos exponentes de la investigación teórica bibliográfica en lengua española²⁶.

Continuó en Venezuela las entregas de catálogos e índices de colecciones de archivos, sobre todo municipales. Y tanto de carácter general referido a toda hispanoamérica, como los del concejo y del Registro Principal de Maracaibo, Mérida y Caracas.

²⁴ "Ojeada a la historia de la imprenta y del periodismo en Venezuela", en *Revista de la Universidad del Zulia*, (1965), n.º 31, p. 233-264. *La imprenta y el periodismo en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila, 1969 y *Materiales para la historia de la Imprenta y el Periodismo en el Estado Zulia*. Caracas: Presidencia de la República, 1970.

²⁵ Andrés Bello: *Ensayo bibliográfico*. Maracaibo: Universidad del Zulia, 1973. *Bibliografía de Andrés Bello*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1978. Rafael María Baralt. *Estudio biográfico, crítico y bibliográfico*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1969.

²⁶ Me refiero a su *Técnica de la investigación bibliográfica*. Caracas: Universidad Católica "Andrés Bello", 1973. Y al *Prontuario de Bibliografía General*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1973.

El otro gran grupo de investigaciones estudiaron la historia de Venezuela, con aproximaciones a la figura del Libertador, y al papel jugado por Maracaibo en la independencia de Venezuela.

Cuando se cerró el paréntesis americano don Agustín volvió a casa como si cuatro décadas hubiesen sido un suspiro. Y en una curiosa simetría de coincidencias vitales, volvió para retomar el *Corpus de Códices visigóticos* becado por la Fundación March, y para terminar su *Imprenta en Barcelona en el siglo XVI*, que obtuvo el premio extraordinario "Cardenal Cisneros" con motivo del V Centenario de la introducción de la imprenta en España. Trabajos ambos que se habían quedado a medio terminar cuando tuvo que coger apresuradamente sus maletas y echar a andar. Como era corredor de fondo no se paró nunca. Volvió a tiempo aún para completar su tercer *Tratado de Paleografía Española* (1983), sin duda uno de los mejores del mundo. Y para ser hijo predilecto de su tierra.

Volvió a Las Palmas, para cerrar sus días donde los comenzara, en la Plaza de San Bernardo, después de haber escrito cientos de títulos y de haber enseñado en cientos de aulas. Todo el mundo volvió a su mundo. Regresó de donde nunca se había ido del todo, y lo hizo con un equipaje lleno de esfuerzos e ilusiones. Aún le vimos dar clase con entusiasmo, mientras correteaban por el aula a la menor oportunidad los más extraños personajes medievales, las maneras del humanismo clásico, la exactitud terminológica de un filólogo, la exhaustividad de un bibliógrafo, la sagacidad de un paleógrafo y la elegancia de un poeta.

Se había pasado la vida dejando fluir la información desde las fuentes más dispares a los receptores más variados. Había paseado su deje canario por la Península, por Europa y por todo América. Aquel muchachote vivo y nervioso que saliera de su isla para cumplir su formación universitaria había vuelto después de un largo viaje. En las paradas había entroncado con el movimiento que revolucionó los estudios humanísticos en España. Y cuando ésta, madrastra, le rechazó, llevó sus luces a las culturas hermanas de América. Y allí siguió pensando en España, soñando con verla de nuevo abierta y reflexiva.

Su contribución al mundo de las Letras españolas e hispánicas es fácil de valorar con sólo hacer una lista de los ámbitos que atendió: Archivística, Bibliografía, Biblioteconomía, Diplomática, Filología clásica, Filología española, Historia de Canarias, Historia de España, Historia de América, Historia del libro, Historia del periodismo, Lengua latina, Lingüística, Literatura clásica latina, Literatura española, Tipobibliografía y Paleografía. Por todos alcanzó generalizado reconocimiento. Y desde ellos continúa ejerciendo docencia y magisterio sobre muchas generaciones de profesores y estudiantes.

Agradezco al Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria en la persona de su Concejal de Cultura don Cristóbal García del Rosario, al Director de este ciclo don Juan Marichal, y al Centro que nos acoje, El Museo Canario, la oportunidad de presentar ante ustedes estas reflexiones sobre uno de los más preclaros hijos de Canarias. Precisamente dentro de un ciclo de nombre tan sugerente como el de *Canarias y la europeización de*

España (1876-1936), donde por derecho propio cabe incluir la figura de don Agustín Millares Carlo, grancanario universal, y protagonista destacado de la efervescencia intelectual en las primeras décadas del siglo, y participe generoso de una mentalidad progresista y modernizadora en lo profesional y en lo político.

José A. Moreiro González